UN RATO DE FLAMENCO

Los siete reyes del Cante Jondo

Es inútil que los intelectuales se destrocen el caletre buscándole raíces fabulosas al cante, como si el cante fuera un árbol milenario, al que una raíz le saliese por la India y otra por Persia y otra por Marruecos, y otra por la mismísima Grecia. Gracia tendría que, a última hora, el cante—nuestro cante—resultara una más entre tanta melodía extranjera, introducida de matute en la mochila de un contrabandista valiente, hace ya muchos años, vaya usted a saber cuántos.

Y lo bueno es que nadie se pone de acuerdo sobre dónde nació el cante jondo, porque Andalucía se lo encontró hace ya muchos siglos por ahí tirado, por las cunetas de los caminos y por los atajos de la serranía rondeña, como niñito en cueros y abandonado a la buena de Dios. Y ese "niñito" fue creciendo y creciendo, al par que todos iban descubriendo en él facetas musicales desconocidas, tan raras como sublimes, llenas todas ellas de resonancias extrañas y cautivadoras, que embelesaban el pensamiento y embriagaban los sentidos.

Esos sonidos naturales, que brotaban de las entrañas del pueblo andaluz, sin acompañamiento todavía de instrumentos de cuerda y mucho menos de piano, ni de saxofón—como ahora, en ocasiones—, eran lanzados al aire libre, alegre y azul de la riente y clara Andalucía, con la gracia más natural y exquisita del mundo, al compás tan sólo de los ruidos que producen los útiles del diario bregar.

Porque el cante jondo —¡qué bien lo dijo Pemán!— "no nació como algunos creen, en medio de la juerga y del vino y del ocio, sino, como la amapola, en medio del trigo, en medio de la honrada tarea cotidiana; y sus coplas tienen en sus ritmos el eco de la faena a cuco compás se amoldaron; y unas tienen el compás rápido de las yeguas en la trilla, y otras el golpeteo acompasado de los martillos sobre los yunques en las fraguas de los herreros". Y del campo, el cante pasó al pueblo, y el pueblo lo prohijó, lo mimó, lo acicaló y le dijo "¡hala!", y entonces fue cuando vino la invención del café cantante—cosa de la que, por cierto, hace ahora cien años—y al cante se le puso una silla, a modo de pedestal o trono, que muy bien merecido se lo tenía, porque iba a acabar con el hambre de muchos, y como cetro se le dio un bastoncito, que le sirviera para recordar el "son" primitivo, lejos ahora de su ambiente natural. Como compañera, el cante toma la guitarra y con ella comparte, para "in sécula seculorum", sus penitas y alegrías.

Entonces es cuando surge el primer rey del cante jondo, del cante flamenco: Silverio, el magnífico. Aquel todopoderoso señor de la copla andaluza, maestro de sus propios maestros, cuya cuna se disputan Sevilla, Morón, Carmona y hasta el mismísimo Buenos Aires. Silverio fue dictador de estilos y emociones desde su "tablao" del Café del Burrero, con aquellas sus extraordinarias facultades vocales y sus insuperables conocimientos de la seguiriya, el polo, la liviana y todos los demás cantes.

El segundo rey—porque el cante ha tenido siete grandes soberanos—fue el señor Manuel Molina (Curro Molina), aquel que terminó con los órganos auditivos destrozados de tanto cantar y cantar bien. Fue el primer gran cantaor de Jerez; dominador genial del martinete y la seguiriya, claves misteriosas del duende de lo gitano.

El Chato de Jerez, tercer rey del cante jondo, compartió un poco su trono con el melodioso Carito, otro jerezano genial, pero ¡qué seguiriyas más escalofriantes, sin embargo, las del Chato! ¡Qué terrible su grito flamenco!

Luego vino Chacón, don Antonio Chacón, el renovador de todas las viejas escuelas y el creador insuperable de los mejores cantes por caracoles, mirabrás, malagueñas, granaínas, cartageneras, tarantas y tantos otros buenos cantes. Chacón es otro rey, un rey con aspecto arzobispal y bonachón, venerable, señorial. Todo elogio es chico ante la grandeza de su cante y la bondad de su corazón de artista supremo.

Y, en la misma época de don Antonio, otro rey, gitano y un poco más joven: Manuel Torre, el cantaor con más duende que ha existido en todas las épocas, al decir de los antiguos que le escucharon personalmente. Aún hoy día lloran los gitanos cuando escuchan su voz conservada en discos. Torre era un rey enigmático y raro, como deben ser los reyes gitanos. García Lorca dijo su mejor elogio, al escribir que Torre era el hombre "con más inteligencia en la sangre que había conocido". Su cante, hasta ahora, no ha podido ser superado. Igualarlo es otra utopía.

Después vino Tomás "el de los peines". Tomás Pavón, el hermano de Pastora; de la reina Pastora; la "de los largos rebaños de la pena", como la llamó Antonio Murciano. De las reinas será justo que hablemos otro día. Pero ahora estamos con Tomás, aquel que le hacía "verdaderas filigranas al cante", como decía Fernando el de Triana. El rey Tomás tuvo por maestros a todos los de la escuela jerezana y a Enrique el Mellizo, pero por encima de todos, a Manuel Torre, de quien heredó el cetro gitano de los cantes.

Ahora, por derecho propio, el trono del cante lo ocupa Antonio Mairena, que es quien tiene la llave de oro que abre todas las puertas y todos los secretos de la copla flamenca. El orgullo más grande de este artista es haber cantado siempre cante puro. La raíz de su cante hay que buscarla en Joaquín el de la Paula y en Manuel Torre, sus dos maestros. Lo canta todo, con dominio absoluto, con seguridad de genio. Y su arte lo ha universalizado, llevándolo a todos los rincones de la tierra.

Estos son los siete grandes reyes del cante jondo. Hay muchos más, pero son reyes menores. Estos son los más célebres, los que han marcado un hito en la historia del flamenco; verdaderos creadores y auténticos monarcas, reyes sabios del arte más difícil: el cante de Andalucía.

JUAN DE LA PLATA

(Director de la Cátedra de Flamencología)